

## EL MALESTAR HOLANDÉS

Como si un rayo hubiera iluminado un paisaje anteriormente desconocido –tenso por la frustración y el resentimiento social–, las elecciones generales de mayo de 2002 revelaron a la próspera y liberal Holanda bajo una nueva y dura óptica. La conmoción de un asesinato político y la entrada en el gobierno de un nuevo partido político recién salido del cascarón con un programa radical contra la migración precipitó un año de turbulencias en la política holandesa del que el país ha salido sacudido, si no revuelto. El propósito de este artículo es examinar la dinámica que se esconde tras esta irrupción histriónica y estimar cuáles podrían ser sus efectos a largo plazo. No obstante, comenzaremos con una consideración sobre el extraño candidato, para examinar a continuación los cambios socioeconómicos que han traído consigo dos décadas de reestructuración neoliberal para el modelo del *polder*<sup>1</sup> holandés, y el modo en el que éstos han afectado al sistema político.

Los reportajes mediáticos han caracterizado a Pim Fortuyn como a un extraño, aunque lo cierto es que en buena medida formaba parte de la clase política holandesa y contaba con numerosos seguidores en los círculos de poder. Nacido en 1948 en el seno de una familia católica conservadora en Velsen, al noroeste del país, Fortuyn formó parte activa del movimiento estudiantil durante la década de 1960 y trabajó como lector y estudioso de sociología (marxista) en la Universidad de Groningen entre 1972 y 1988; su tesis doctoral se centró en «Las políticas sociales y económicas de los Países Bajos, 1945-1949». En 1988 dejó Groningen para abrir su propia «consultora» en Rotterdam y escribió una serie de libros y artículos sobre la sociedad y la política mientras se forjaba un nombre

---

<sup>1</sup> El modelo holandés o modelo *polder*, así llamado en referencia a las partes del territorio holandés que se sitúan bajo el nivel del mar y que precisan de un esfuerzo común destinado a protegerlas contra el avance del mar y facilitar su drenaje, se sustenta en la colaboración política entre empresarios y dirigentes sindicales con el propósito de contener las subidas salariales a través de los convenios colectivos y facilitar, de este modo, las ganancias de las empresas y posibilitar, según sostiene el citado modelo, la creación de empleo. Este modelo de concertación popularizado durante la década de 1980 hoy ha tocado a su fin [N. de la T.].

como columnista y conferenciante inconformista y estrambótico; durante este periodo mantuvo su cargo como director a tiempo parcial en el departamento de sociología de la Universidad de Erasmo. Sus objetivos eran la burocracia –blanco invariablemente fácil–, tal y como señaló en su obra *A Future Without Civil Servants*, publicada en 1991 y desde mediados de la década de 1990 en adelante desarrolló una iconoclasta postura antimigratoria cada vez más evidente, que esbozó en 1997 en su libro *Against the Islamization of Our Culture*.

Sin embargo –a pesar de la cobertura mediática–, la carrera política de Fortuyn resultó claramente insatisfactoria hasta noviembre de 2001, momento en el que se convirtió en el dirigente de un pequeño aunque dinámico partido populista: el *Leefbaar Nederland* –*leefbaar* significa vivible en holandés–, con una sólida base en los ayuntamientos de las pequeñas ciudades. Los cuatro meses que duró su cargo estuvieron marcados por los conflictos internos. Los ataques de Fortuyn contra el islam, al que tachaba de ser «una cultura extremadamente retrógrada», y su aseveración lepenista de que «los Países Bajos están llenos» fueron recibidas con desagrado por la facción mayoritaria del partido, integrada por multiculturalistas verdes-libertarios, de modo que en febrero de 2002, Fortuyn fue expulsado.

Durante los meses siguientes y con la financiación de sus ricos amigos del mundo de los negocios –agentes y promotores inmobiliarios, en particular– formó su propio partido: el *Lijst Pim Fortuyn*. El LPF carecía de todo atractivo que no fuera su propio carismático y antiislámico líder y las viejas temáticas neopopulistas<sup>2</sup>. La primera de ellas era la pose de enfrentamiento al poder establecido, que consistía en poner de vuelta y media a los partidos en el gobierno por sus acuerdos implícitos y su falta de claridad ideológica, así como por su incapacidad para reducir el delito y resolver los problemas, admitidos por todo el mundo, que acuciaban al sistema de salud, a la educación y al transporte. De acuerdo con Fortuyn, el problema de estos servicios públicos residía en el exceso de burocracia: el servicio público podría mejorar de forma radical si se prescindiera de una cuarta parte de los funcionarios. Dirigir el gobierno como si se tratara de un negocio privado proporcionaría resultados mucho mejores sin tener que aumentar los impuestos; además, esto contribuiría al desarrollo de un mayor grado de responsabilidad. Fortuyn prometió incluir a «exitosos capitanes de la industria» en las filas de su futuro gobierno del LPF. En segundo lugar, Fortuyn defendió impetuosamente la superioridad de las normas y valores ilustrados de la civilización occidental, en esta ocasión ampliados para incluir la tolerancia sexual. La experiencia real del mundo islámico fue, en este sentido, naturalmente ignorada y en su lugar se rescataron citas al azar extraídas de los más áridos predicadores neo-

---

<sup>2</sup> Véase también Jan MARIJNISSEN, *Schrale rijkdom: de erfenis van acht jaar paars*, Rotterdam, 2002.

fundamentalistas que, en cambio, fueron empleados como evidencia para demostrar que las sociedades no occidentales, en particular las musulmanas, eran inferiores a Occidente tanto en lo que se refiere a la civilización como a la cultura.

La consecuencia de todo esto para los inmigrantes que residen en los Países Bajos se traducía en que cualquier iniciativa de ajuste debía ser a su costa. Pero ¿cuáles son los hechos? Los inmigrantes suman algo menos del 17 por 100 del conjunto de la población de los Países Bajos, que asciende a un total de 16 millones, cerca de 2,7 millones de personas en total. Otros 729.000 inmigrantes, 4,5 por 100 del conjunto de la población, provienen de otros países de la Unión Europea, mientras que unos 810.000, el 5 por 100 del total, provienen de las antiguas colonias holandesas, fundamentalmente de Surinam e Indonesia. Como sucede en gran parte de los países de Europa occidental, la mayoría de los inmigrantes no occidentales habitan en las ciudades, y representan aproximadamente el 30 por 100 en Amsterdam, Rotterdam y La Haya; de todos ellos, algo menos de la mitad serían musulmanes cuyos antecesores provenían de distintos países. Las tasas de desempleo entre los inmigrantes no occidentales son elevadas, ascendiendo en 1999 al 9 por 100 frente al 3 por 100 entre los no inmigrantes. La proporción de hogares con bajos ingresos entre los inmigrantes es aproximadamente 3 veces superior a la media, y sus ingresos reales medios se hallan un 25 por 100 por debajo de los de los no migrantes. Están infrarrepresentados en el ámbito de la educación superior y sobrerepresentados en las tasas de fracaso escolar. Entre la población inmigrante no occidental la posición socioeconómica de los musulmanes tiende a ser la peor<sup>3</sup>.

A diferencia de Le Pen en Francia y Haider en Austria, Fortuyn no se manifestó a favor de expulsar a los inmigrantes que residieran en los Países Bajos; no obstante, sostuvo que «deben aceptar las normas y los valores de nuestro país». Aunque sus discursos no eran explícitamente racistas —de hecho, entre los puestos dirigentes del LPF había algunos inmigrantes de segunda generación y la postura de Fortuyn, tal y como hemos explicado anteriormente, era en lo esencial nacionalista-cultural y no étnica—, su posición antiislámica atrajo a algunos votantes, si no racistas, al menos sí de extrema derecha, que representaban una gran proporción del electorado del LPF, y alentó su petición de que Holanda pudiera retirarse unilateralmente del Tratado de Schengen y fortaleciera unilateralmente el control de sus propias fronteras. Las opiniones de Fortuyn, abiertamente expresadas, hicieron añicos el silencio políticamente correcto que había existido hasta el momento en torno a cuestiones relacionadas con la raza y la cultura. Su apelación a los votantes holandeses se intensificó, todo hay que decirlo, tras el 11 de septiembre y el subsiguiente ataque a Afganistán. También cobró una mayor popularidad a partir del movi-

---

<sup>3</sup> Véase CBS, *Allochtonen in Nederland*, Heerlen/Voorburg, 2002.

miento local indostánico, formado mayoritariamente por migrantes provenientes de Surinam, que animaron a sus miembros a votar al LPF.

Careciendo de un programa al margen de esta interpretación demagógica del neonacionalismo ultraliberal, Fortuyn logró, a pesar de todo, paralizar a la mayoría de los líderes de los partidos más populares –especialmente al primer ministro Wim Kok– presentándoles públicamente como idiotas; por su parte, estos líderes se mostraron molestos aunque incapaces de responder. Fortuyn se convirtió en la voz de los insatisfechos, inmigrantes incluidos, y de los jóvenes. El tratamiento que recibió por parte de los medios de comunicación, en un principio hostil, fue suavizándose en términos generales. En este clima, el 6 de mayo de 2002, nueve días antes de las elecciones, Fortuyn fue asesinado por un individuo armado con un revólver que aparentemente actuaba en solitario. Un extraño clima de tensión –consternación mezclada con rabia y terror– se apoderó del país tras el asesinato. El debate político y la campaña electoral quedaron interrumpidos. Muchos políticos –especialmente aquellos que pertenecían a la coalición en el gobierno– recibieron mensajes amenazantes, incluso amenazas de muerte, en los que se les acusaba de ser responsables indirectos del asesinato.

El resultado de las elecciones del 15 de mayo de 2002 fue igualmente dramático (véase el cuadro 1). La concurrencia fue alta, alcanzando el 79 por 100, a pesar de que las previsiones, establecidas en relación a anteriores resultados, se situaran en torno al 70 por 100. El partido en el poder, el Partij van de Arbeid (PvdA) de centro-izquierda perdió casi la mitad de su escaños en el Parlamento, que pasaron de 45 a 23; su compañero de coalición, el Volkspartij voor Vrijheid en Democratie (VVD), defensor del libre mercado, pasó de 38 a 24, mientras que el tercer partido en la coalición de gobierno, el Partido Liberal de Centro (D66), experimentó una caída de 14 a 7 escaños. El Appèl Christen-Democratisch de centro-derecha emergió como el partido por sí solo más votado, arrancando votos tanto al VVD como al PvdA y logrando 43 escaños, frente a los 29 que tenía anteriormente. Sin embargo, fue el LPF de Fortuyn, constituido a última hora, el que a partir de la nada se hizo con el 17 por 100 del voto y con 26 escaños, convirtiéndose, por lo tanto, en el segundo partido más representado en el nuevo Parlamento, algo que arrebató la atención de los medios de comunicación en todo el mundo.

Los resultados finales revelaron que casi el 30 por 100 de los votantes del LPF no había participado en los comicios de 1998; el 35 por 100 había apoyado anteriormente al VVD, mientras que el 29 por 100 había votado al PvdA. El LPF fue, de forma abrumadora, la opción de la juventud, emergiendo como el partido más votado por la franja de población entre los 18 y los 25 años de edad. Su apoyo se concentró en el área urbanizada del oeste, el denominado Randstad; los resultados fueron particularmente favorables en ciudades como Rotterdam y La Haya, donde el número

de votantes es tradicionalmente bajo<sup>4</sup>. Llama la atención la falta de relación entre el nivel de ingresos y el apoyo al LPF, aunque este partido obtuvo mejores resultados entre la población con un nivel educativo bajo (atrayendo al 21 por 100 entre este grupo de votantes) o medio (18 por 100) que entre las de nivel alto (11 por 100). Así pues, los nuevos diputados del LPF –una mezcla, en la actualidad sin liderazgo y amargamente enfrentada entre sí– entraron a formar parte de una coalición en el gobierno junto al CDA y al VVD, poniéndose al frente de cuatro carteras bajo la presidencia de Jan Peter Balkenende del CDA.

**Cuadro 1.** Resultados de las elecciones generales: Países Bajos, 1989-2003

	1989		1994		1998		2002		2003	
	Esaños	%								
Democratacristianos (CDA)	54	35,3	34	22,2	29	18,4	43	27,9	44	28,6
Lista Pim Fortuyn (LPF)	–	–	–	–	–	–	26	17,0	8	5,7
Neoliberales (VVD)	22	14,7	31	20,0	38	24,7	24	15,4	28	17,9
Socialdemócratas (PvdA)	49	31,9	37	24,0	45	29,0	23	15,1	42	27,3
Partido Verde (GroenLinks)	6	4,1	5	3,5	11	7,3	10	7,0	8	5,1
Partido Socialista (SP)	0	0,4	2	1,3	5	3,5	9	5,9	9	6,3
Partido Liberal (D66)	12	7,9	24	15,5	14	9,0	7	5,1	6	4,1
Leefbaar Nederland	–	–	–	–	–	–	2	1,6	–	–
Pequeños partidos cristianos	6	4,1	7	4,8	8	5,0	6	4,2	5	3,7
Otros	1	0,6	10	8,7	–	–	–	–	–	–
<b>Total</b>	<b>150</b>	<b>100</b>								

Fuente: Central Bureau of Statistics, La Haya.

**Cuadro 2.** Composición de los gobiernos de coalición: 1982-2003

	Primer ministro	Partidos integrados
1982-1986	Ruud Lubbers (CDA) I	CDA y VVD
1986-1989	Ruud Lubbers (CDA) II	CDA y VVD
1989-1994	Ruud Lubbers (CDA) III	CDA y PvdA
1994-1998	Wim Kok (PvdA) I	PvdA, VVD y D66
1998-2002	Wim Kok (PvdA) II	PvdA, VVD y D66
2002	Jan Peter Balkenende (CDA) I	CDA, VVD y LPF
2003	Jan Peter Balkenende (CDA) II	CDA y PvdA*

\* En proceso de negociación al concluir el presente artículo.

Fuente: <http://www.overheidlinks.nl/>.

<sup>4</sup> El LPF obtuvo malos resultados entre los votantes con más de 65 años, sector en el que la estructura de pilares –según la cual, las instituciones de la sociedad civil, incluidos los sindicatos y los partidos políticos, se conforman de acuerdo con la orientación confesional– es aún bastante fuerte. En la década de 1960 comenzó un proceso de «ruptura de los pilares», el resultado es que dichas fidelidades están completamente ausentes entre los jóvenes. Otro resultado ha sido el importante aumento del número de votantes indecisos, que en la actualidad ronda el 35 por 100. Datos sobre las elecciones: *NCR Handelsblad*, 16 de mayo de 2002.

La pregunta que cabría formular a la vista de estos hechos es, evidentemente, cómo pudo ocurrir todo esto en Holanda: un país rico con una larga tradición socialdemócrata, una economía en crecimiento, una tasa de desempleo baja y, según los patrones internacionales, con unos servicios públicos y una seguridad social buenas. ¿Cuál podría ser el fallo del «modelo de los *polders*? Pocas horas después del asesinato, Kok ya había descartado la idea de que los políticos en el poder o, por extensión, las políticas de libre mercado que han prevalecido durante las últimas décadas tuvieran algo que ver con lo ocurrido. En su lugar, se declaró que el amplio sentimiento de insatisfacción que había explotado abiertamente tras la muerte de Fortuyn era el resultado de unas expectativas cada vez más altas —el clásico ejemplo de una población que «se sentía peor, cuando le iba cada vez mejor»—. En los últimos años, la economía holandesa ha sido ampliamente aclamada tanto por parte de los expertos como de los bancos centrales extranjeros por su evidente éxito a la hora de combinar el conservadurismo presupuestario y la reestructuración del Estado del bienestar, con tasas de crecimiento saludables y creación de empleo. En 1996, *The Economist* alabó típicamente a Holanda por representar «una salida al debilitado modelo continental de crecimiento económico balbuceante, desempleo en aumento y dificultades financieras del Estado del bienestar»; por algún tiempo, las cifras continuaron mejorando<sup>5</sup>.

Todo esto contrastaba enormemente con la posición sostenida durante los primeros años de la década de 1980. La economía holandesa, fuertemente corporativa, había emergido de la recesión de 1979-1981 con una tasa de desempleo «amplia» —que incluía a las personas expulsadas del mercado laboral mediante planes de incapacidad o de jubilación anticipada— que rondaba el 27 por 100. Fue, tal y como subrayó un entusiasta observador, «quizás el fracaso más espectacular en lo que se refiere al empleo en todo el mundo capitalista avanzado»<sup>6</sup>. La respuesta del gobierno de coalición CDA-VVD de Ruud Lubbers consistió en mantener el desgastado modelo corporativo, basado en una estrecha cooperación entre la patronal y los sindicatos, utilizando al movimiento obrero organizado para colar una política de restricción salarial voluntaria. Mientras tanto, los relativamente generosos planes de incapacidad y jubilación anticipada amortiguaron el

---

<sup>5</sup> *The Economist*, 12 de octubre de 1996. La información que sigue ha sido tomada de las siguientes fuentes: Jelle VISSER y Anton HEMERIJCK, «*A Dutch Miracle. Job growth, welfare reform and corporatism in the Netherlands*, Amsterdam, 1997; Lei DELSEN, *Exit podermoldel? Sociaal-economische ontwikkelingen in Nederlands*, Amsterdam, Assen, 2000; OCDE, *Economic Surveys: Netherlands*, París, 2002; «Survey of the Netherlands», *The Economist*, 4 de mayo de 2002.

<sup>6</sup> Göran THERBORN, *Why Some People are More Unemployed Than Others*, Londres, 1986 [*Por qué en algunos países hay más paro que en otros*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 1989].

trauma de la reestructuración industrial con un gasto creciente que se apoyó en el aumento de los impuestos y contribuciones a la seguridad social<sup>7</sup>.

Los comicios de 1989 desencadenaron la formación de una nueva coalición de gobierno integrada por el CDA y el PvdA bajo la presidencia de Lubbers y con Kok como ministro de Economía<sup>8</sup>. Al mismo tiempo, los criterios monetaristas dirigidos a superar la siguiente fase de la integración europea, que pronto se verían implantados en el Tratado de Maastricht, fueron empleados para legitimar bruscos recortes en el gasto público dirigidos a cumplir con las exigencias de Bruselas de reducir los tipos impositivos y los déficit presupuestarios. Así pues, el gobierno Lubbers-Kok endureció drásticamente las condiciones de elegibilidad para obtener el disfrute de los derechos sociales y redujo los beneficios en concepto de incapacidad y jubilación anticipada. En 1991, los sindicatos organizaron en contra de estos recortes la mayor manifestación celebrada en Holanda después de la Segunda Guerra Mundial; un esfuerzo vano. La capacidad negociadora de los trabajadores frente al capital se había debilitado con la liberalización de los mercados internacionales y con la amenaza que representaba la reubicación de las empresas; para éstas se había vuelto más sencillo despedir a los trabajadores directamente que proporcionarles pensiones por incapacidad y jubilación anticipada. Los dos partidos en el gobierno recibieron una sacudida en las elecciones de 1994, el PvdA perdió una cuarta parte de los votos; no obstante, frente a los pronósticos, continuó siendo el partido con mayor representación en el Parlamento debido a la caída aún más acentuada del CDA; la corona pidió a Kok que formara un nuevo gobierno. Y entonces se produjo la segunda sacudida: por primera vez

---

<sup>7</sup> El CDA se formó en 1980 a partir de una federación de diversos partidos cristianos antiguos –el Partido del Pueblo Católico (KVP), el Partido Calvinista Antirrevolucionario (ARP) y la Unión Histórica Cristiana Holandesa Reformada (CHU)–. Sus ideas están estrechamente relacionadas con las del CDU alemán –valores familiares, justicia social, administración medioambiental, estructuras decisorias corporativas y un fuerte papel del Estado en la gestión económica–, aunque el CDA es menos antisocialista y cuenta con fuertes vínculos con el principal sindicato cristiano. Gracias a su tamaño y a su posición de centro, el CDA y sus predecesores habían sido considerados como un componente esencial en la formación de cualquier gobierno holandés. El VVD, formado en 1948, responde a una derecha de mano dura en cuestiones económicas, aunque «liberal» en lo que concierne a las cuestiones culturales y morales, como, por ejemplo, los derechos de los gays y la eutanasia (aunque no sean en absoluto tolerantes con respecto a las drogas).

<sup>8</sup> El PvdA, sucesor del Partido Laborista Socialdemócrata fundado en 1894, se constituyó en 1946 y, en calidad de compañero de coalición, jugó un papel fundamental en la construcción del Estado del bienestar holandés durante la década de 1950. A lo largo de la década de 1970 y especialmente durante el gobierno de Den Uyl de 1973-1977, el PvdA propugnó un programa fuertemente redistributivo. Su exclusión del gobierno a resultas de una coalición de centro-derecha entre 1977 y 1989 demostró ser una experiencia traumática. El PvdA dio un giro a la derecha y con el tiempo aceptó el hecho de que el desfallido Estado del bienestar sólo pudiera sostenerse en el marco de las constricciones definidas por el sector privado.

desde 1918, los demócrata-cristianos se vieron condenados a ocupar los bancos de la oposición. Kok prefirió formar una coalición con el D66 y el VVD<sup>9</sup>.

Esta unión entre el centro-izquierda y los defensores radicales del libre mercado no era tan extraña como podría parecer a simple vista. El PvdA se había tragado —mucho antes que el Partido Laborista de Tony Blair en Gran Bretaña o el SPD en Alemania— su anterior ideología socialdemócrata y la había reemplazado por otra más proclive en términos generales al mercado. Sus ideas sobre las cuestiones sociales, por lo tanto, no sólo no estaban mucho más cercanas al VVD que a los demócrata-cristianos tradicionalistas, sino que, ahora, el PvdA también compartía la hostilidad de los ultraliberales hacia el viejo modelo corporativo, en lo tocante a la administración conjunta de la política social por la patronal y los sindicatos, aún ardientemente defendida por el CDA.

El gobierno de Kok se lanzó entonces a una intensificación aún mayor del programa neoliberal, dirigido hacia un desmantelamiento total de las estructuras corporativas y a una minuciosa implementación de las prácticas anglosajonas, echando mano de la reducción de la presión impositiva sobre las empresas y de la desregulación y mercantilización del empleo, el transporte, la energía y las comunicaciones. Esta agenda favorable al capital fue aderezada con diversos proyectos de reincorporación de los parados de larga duración al mercado de trabajo mediante subsidios al empleo y la utilización de las escalas salariales más bajas con el argumento de que esto ayudaría a crear puestos de trabajo no cualificados.

A finales de la década de 1990, la coyuntura económica, animada por un mercado bursátil en alza y por la subida de los precios del sector inmobiliario, hizo que los resultados económicos agregados obtenidos durante el gobierno de Kok fueran excelentes. El PIB holandés había crecido a una tasa media anual del 2,9 por 100, con una rapidez mucho mayor que la tasa de la Unión Europea. En lo que se refiere al PIB per cápita, los holandeses habían pasado de la décima a la quinta posición entre los 15 países que conforman la UE<sup>10</sup>. La tasa de desempleo oficial había descendido bruscamente a un 2,7 por 100 en 2001, la más baja de la OCDE, con más de 1,4 millones de nuevos puestos de trabajo creados desde 1990, y la tasa de actividad de la fuerza de trabajo pasó del 59 por 100 a 67 por 100. Los resultados presupuestarios obtenidos por el gobierno

---

<sup>9</sup> El partido democrático-liberal D66 fue fundado en 1966 por antiguos miembros del VVD y el PvdA. Su apoyo electoral ha demostrado que carece de una línea clara, y su fortuna ha ido cambiando en función de la popularidad de los líderes de turno. En 1994 alcanzó su mayor índice de voto, alcanzando una representación del 15,5 por 100.

<sup>10</sup> En 1991, Luxemburgo contaba con el PIB más elevado de Europa occidental, seguido de Suecia, Dinamarca, la antigua República Federal Alemana, Finlandia, Austria, Francia, Italia, Bélgica y Holanda. En 2001, las posiciones eran las siguientes: Luxemburgo, Dinamarca, Irlanda, Suecia y Holanda. Véase COMISIÓN EUROPEA, *European Economy*, núm. 72, Bruselas, 2001.

eran envidiables: por primera vez desde la década de 1970, el gobierno logró un superávit (estructural) del 0,3 por 100 del PIB en 2000, alcanzando el 0,9 por 100 en 2001. Que esto se lograra a pesar de la disminución registrada en los ingresos tributarios, que pasaron de representar como promedio el 41,1 por 100 del PIB durante el periodo 1991-1994 a situarse en el 39,2 por 100 en 2001, y ello con una inversión pública estanca en torno al 2,5 por 100, da una idea del alcance del recorte del gasto público que se ha venido produciendo hasta el día de hoy. La deuda pública holandesa descendió hasta situarse en un 54 por 100 del PIB en 2001, frente al 80 por 100 alcanzado en 1994.

Se produjeron, desde luego, las típicas quejas sobre el deterioro de los servicios en el cada vez más infradotado y mercantilizado sector público, acuciado por problemas de personal y con una lista de espera sin precedentes como rasgo cronificado del sistema sanitario. La proporción de profesores por alumnos en Holanda es más elevada que la de la mayoría de los países de la Unión Europea, aunque su salario se sitúe por debajo de la media. El recorte del gasto destinado a mejorar las cuentas del sistema ferroviario antes de la privatización ha dado lugar al aumento de las quejas sobre los retrasos y la sobresaturación de los trenes. A pesar de todo, en términos generales se esperaba que, dadas las tasas de crecimiento del PIB y del empleo, la coalición PvdA-VVD-D66 retuviera la mayoría en las elecciones generales del 15 de mayo de 2001, como lo había hecho en 1998<sup>11</sup>.

Fue el impacto desencadenado por Pim Fortuyn lo que dio al traste con esta complacencia, revelando el amplio grado de insatisfacción que existía en el seno de esta sobria y próspera sociedad. Para comprender los orígenes estructurales de este descontento y el consiguiente giro hacia la derecha es preciso examinar con mayor detenimiento los profundos cambios socioeconómicos que se estaban produciendo por debajo de la «historia de éxito» protagonizada por Holanda, éxito en gran medida dependiente del impulso proporcionado por los mercados financieros e inmobiliarios a finales de la década de 1990. En las próximas páginas defenderemos la idea de que la sustitución del modelo de relaciones empresariales en el que primaba el consenso característico del periodo de posguerra por las estructuras anónimas, globalizadas y fuertemente competitivas del orden neoli-

---

<sup>11</sup> El PvdA se esforzó en secundar el programa de política exterior de Washington, al igual que lo había hecho con el económico. El intento de ser «el mejor chico de la clase de la OTAN» condujo al ofrecimiento de tropas holandesas como «fuerza de paz» en Srebrenica en 1995. Aunque todavía está por conocerse toda la verdad con respecto a su actuación, parece evidente que dichas fuerzas, en el mejor de los casos, volvieron la espalda ante la masacre de cerca de 7.000 musulmanes en el paraíso de seguridad de Naciones Unidas que se suponía que estaban defendiendo; en el peor, participaron en ella separando a las mujeres y a los niños de los hombres. En 2002 vio la luz un informe financiado por el gobierno bastante limitado en cuanto a su alcance. Los hechos en él documentados fueron lo suficientemente graves como para desencadenar la dimisión del gobierno de Kok pocas semanas antes de que se celebraran las elecciones de mayo de 2002.

beral ha dejado tras de sí un gran número de ciudadanos holandeses que se sienten inseguros, atomizados e impotentes. Si estas tensiones se mantuvieron inicialmente ocultas gracias al «efecto riqueza» de los años de la burbuja bursátil, ahora están emergiendo con mayor fuerza a medida que la fragilidad de la prosperidad de finales de la década de 1990 se hace más evidente. En las siguientes páginas nos centraremos fundamentalmente en la transformación de las relaciones laborales, la internacionalización del capitalismo holandés y la inversión en bolsa de la riqueza de las familias.

### *La transformación de las relaciones laborales*

La creación de puestos de trabajo ha sido blandida como el mayor éxito del gobierno de Kok, algo que alejaba a Holanda de las elevadas tasas de desempleo que prevalecían en Alemania y en Francia. Es preciso señalar, no obstante, que gran parte del 1,4 millón de nuevos empleos creados en Holanda a lo largo de la década de 1990 han sido empleos no cualificados, de baja productividad y, por consiguiente, esencialmente mal pagados; en otras palabras, empleos marginales, que son los primeros en ser eliminados en momentos de crisis. Por otro lado, el 50 por 100 de los puestos de trabajo que se crearon entre 1994 y 2000 fueron empleos a tiempo parcial y el 40 por 100 fueron empleos «flexibles», es decir, empleos temporales con un periodo de contratación inferior a un año de duración; empleos contratados a través de las empresas de trabajo temporal y empleos demandados en el último minuto y de incorporación inmediata; la proporción de este tipo de empleos se incrementó hasta alcanzar el 12 por 100 en 1998. La mayoría de los nuevos empleos fueron desempeñados por personas recién llegadas al mercado laboral; jóvenes recién incorporados o mujeres que se reincorporaban a la fuerza de trabajo. En 2000, el «amplio desempleo», que incluía a los «trabajadores desalentados», así como a los «desempleados crónicos», absorbidos por los planes para incapacitados y de jubilación anticipada, permanecía estancado en torno a la abultada tasa del 23,7 por 100<sup>12</sup>. El crecimiento en el sector de los empleos estables y a tiempo completo fue enormemente limitado y –siguiendo la argumentación de Thurow– estuvo acompañado por un aumento considerable de la competitividad para acceder a ellos; así pues, el 75 por 100 de los puestos disponibles fueron ocupados por candidatos con una formación excesiva con respecto al perfil solicitado para cubrir dichos puestos, los candidatos con peores cualificaciones se vieron abocados a competir por empleos menos cualificados, mientras que los candidatos con las cualificaciones más bajas se pasaron a ser desempleados<sup>13</sup>.

<sup>12</sup> SOCIAAL EN CULTUREEL PLANBUREAU, *De sociale staat van Nederland 2001*, La Haya, 2001.

<sup>13</sup> WIENER SALVERDA, «Is there more to the Dutch miracle than just a lot of part-time jobs?», mimeo, Universidad de Groningen, 1999; LEI DELSEN, *Exit poldermodel?*, Paul de BEER, *Over werken in de postindustriële samenleving*, La Haya, 2001.

El aumento de la competitividad también está en la base del aumento estructural de las horas extras, el incremento de la presión laboral referida por los empleados –significativamente mayor en los Países Bajos que en otros países europeos– y el declive de la seguridad laboral percibida. La proporción de empleados holandeses que experimentaron un aumento en la presión ejercida en el puesto de trabajo aumentó un 10 por 100 entre 1996 y 1999. La proporción de los que sufrieron una intensificación del ritmo de trabajo pasó del 38 por 100 en 1994 al 42 por 100 en 1999, cifra que superaba la media registrada en la Unión Europea en más de 10 puntos. Es preciso advertir que el estrés relacionado con el trabajo se ha acrecentado con la intensificación de las cualificaciones en el empleo: el 53 por 100 de los trabajadores más cualificados experimentan una fuerte presión en el trabajo; la proporción correspondiente para los trabajadores con bajas cualificaciones es del 32 por 100. El estrés relacionado con el trabajo conlleva consecuencias reconocidas para la salud de los trabajadores: el 13 por 100 de los empleados que trabajan bajo fuertes presiones están aquejados de serios problemas de insomnio frente al 8 por 100 de quienes no sufren este tipo de presiones. La fatiga relacionada con el trabajo también está incrementándose: el 22 por 100 del total de los trabajadores holandeses fueron clasificados como (mentalmente) exhaustos en 1988, cifra que alcanzó el 23 por 100 en 1999 y el 25 por 100 –una cuarta parte de la fuerza de trabajo– en 2001<sup>14</sup>. El número de las personas que utilizan medicamentos antidepresivos ha aumentado un 50 por 100 entre 1996 y 2000, afectando a 800.000 personas, el 5 por 100 de la población holandesa.

Como corolario del enorme crecimiento de los empleos marginales, la segmentación del mercado de trabajo –los trabajadores permanentes *vs.* los trabajadores «flexibles», a tiempo completo *vs.* a tiempo parcial, los empleados *vs.* los desempleados– se ha acentuado de forma notable con el consiguiente aumento de las desigualdades. En primer lugar, el desempleo está concentrado en sectores particulares, entre los que destacan por soportar mayores cargas las minorías étnicas y los empleados menos cualificados, que superan la media de la OCDE. En segundo lugar, la brecha entre los salarios más altos y los más bajos, que ya había aumentado considerablemente durante la década de 1980, se ha hecho aún más severa: mientras que el salario bruto por hora de los trabajadores situados en la cohorte definida por el 10 por 100 inferior de la escala retributiva ha aumentado un 3 por 100 durante 1990-1998, el de aquellos incluidos en la cohorte situada entre el 80 y el 90 por 100 mejor pagada se ha incrementado un 8 por 100. Como consecuencia del fuerte crecimiento de los empleos de baja productividad y bajos salarios, a menudo subsidiados, actualmente estamos asistiendo a un fenómeno que es completamente nuevo en Holanda: los «tra-

---

<sup>14</sup> Véase el estudio de cohortes longitudinales sobre la fatiga en el trabajo realizado por investigadores de la Universidad de Maastricht: «Bijna een op de vier werknemers is psychisch vermoeid», 1 de febrero de 2001.

bajadores pobres», personas que teniendo un empleo cuentan con unos ingresos «bajos», definidos por debajo del nivel de subsistencia de 1979.

Las personas que perciben estos salarios han visto mejorada su situación con mayor facilidad que aquellas que dependen del sistema de la seguridad social como consecuencia del recortes sufridos por el Estado del bienestar, el valor de los subsidios mínimos de la seguridad social y de las pensiones medias por incapacidad descendieron en términos reales a lo largo de la década de 1990. No es de extrañar que la proporción de hogares que viven gracias a un ingreso de subsistencia se haya mantenido constante –en torno al 10 por 100–, a pesar del crecimiento prolongado del PIB. Por el contrario, los ingresos básicos de los directivos aumentaron un promedio cercano al 14 por 100 anual durante la década de 1990, mientras el número de millonarios se ha más que triplicado. Cabe esperar que las reformas impositivas agudicen aún más la desigualdad en lo que se refiere a los ingresos. Por último, la brecha entre los salarios en el sector público y el privado en puestos similares, que en 1990 era de un 25 por 100, se ha hecho aún mayor<sup>15</sup>.

La liberalización y flexibilización de los mercados de trabajo ha propiciado, en este sentido, una segmentación de la fuerza de trabajo holandesa en tres sectores diferenciados: las personas que perciben elevados salarios, a menudo con un contrato permanente, cuyos ingresos reales han aumentado de forma notable; las personas con bajos salarios, a menudo con contratos temporales o flexibles, cuyos ingresos reales o bien se han estancado o bien han disminuido; y las personas dependientes del sistema de la seguridad social, cuyos ingresos reales han bajado. Sin embargo, la destrucción del régimen corporativo de posguerra –y con él, de la estabilidad y la seguridad relativa que ofrecía a los trabajadores a título individual– ha tenido consecuencias negativas en todos los sectores. No cabe duda de que los recortes del Estado del bienestar han empeorado la situación de las personas que dependían de la seguridad social, mientras que para aquellas con empleos «flexibles» y bajos salarios las reformas han supuesto un aumento de la presión económica y personal y un incremento de la inseguridad. No obstante, incluso entre quienes disfrutaban de los salarios más altos, la liberalización del mercado ha supuesto un aumento de la inseguridad en la medida en que la competitividad les ha forzado a trabajar más horas, bajo una mayor presión y en empleos por debajo de sus cualificaciones pero en los que carecen de perspectivas para desarrollar una carrera estable y en los que deben batallar para lograr ser promocionados.

### *La internacionalización de la economía holandesa*

La creciente integración de la economía holandesa en el mercado mundial ha fortalecido estas tendencias. Durante la década de 1990, muchas

---

<sup>15</sup> Arjen van WITTELOOSTUIJN *et al.*, «Hoera, het gaat goes», *Economisch Statistische Berichten*, 17 de abril de 1998; SOCIAAL EN CULTUREEL PLANBUREAU, *Poverty Monitor 2000* y *De sociale staat van Nederland*, La Haya, 2000, 2001.

empresas holandesas han invertido en el extranjero adquiriendo compañías de otros países –especialmente estadounidenses, como un modo de introducirse en el mercado de este país– en una proporción tan elevada que la mayor parte de sus ventas y beneficios ahora provienen del extranjero. Si el ejemplo más notorio es el del minorista de la alimentación Ahold, que está en estos momentos siendo investigado con motivo de un fraude en la contabilidad tipo Enron, otros incluyen la compañía informática Getronics, la de seguros Aegon, la productora de componentes alimenticios Numico, las editoriales Reed Elsevier, Wolters Kluwer y VNU; la industria de procesamiento de *chip weavers* ASML, la multinacional anglo-holandesa Unilever, el distribuidor de productos de oficina Buhrmann y los bancos ABN-Amro e ING, todos ellos con importantes intereses en Estados Unidos. Las acciones de muchas compañías holandesas destacadas –Philips, Shell, ABN-Amor, Unilever y, antes de su suspensión en febrero de 2003, Ahold– cotizan en la bolsa de Nueva York. En 2001, más del 50 por 100 de los altos directivos de las 25 compañías listadas en la bolsa de Amsterdam eran extranjeros<sup>16</sup>.

Con la creciente internacionalización de las compañías holandesas, los enfoques anglosajones acerca de la gestión y la dirección empresarial se han introducido de un modo significativo en las prácticas empresariales holandesas, hecho que ha transformado las relativamente armoniosas relaciones capital-trabajo que tradicionalmente han prevalecido en los Países Bajos. La maximización del criterio del «valor del accionista» ha pasado a ser un objetivo primordial de la gestión, imponiendo –en las condiciones definidas por los mercados de capitales globalizados– un impulso permanente hacia el aumento de la productividad y la reducción de los costes con el fin de agradar a los inversores. El resultado es una reestructuración constante de las empresas, incluso de las que funcionan adecuadamente, y la consagración de la gestión «machista», *à la* Jack Welch de GE, que ha acabado con las prácticas empresariales orientadas hacia el consenso. Las consecuencias de este cambio en la cultura empresarial son enormes: introducción de más mecanismos de control y supervisión, incremento de la presión en el trabajo, declive de la seguridad en el empleo, pérdida de capital social en el seno de las empresas y un marchitamiento de la confianza y el compromiso a ambos lados de la relación capital-trabajo<sup>17</sup>.

---

<sup>16</sup> En 2002, la cuota de ventas a Estados Unidos en relación al promedio total de las ventas anuales rondaba el 65 por 100 en el caso de Ahold, el 60 por 100 en el de Elsevier y Numico y más del 50 por 100 en el de Wolters Kluwer, VNU (Aegon y Buhrmann *Het Financieele Dagblad*, 27 de junio de 2002).

<sup>17</sup> De las treinta compañías holandesas más importantes que cotizan en la bolsa de Amsterdam, cuatro fueron sometidas a una profunda operación de reestructuración entre 1985 y 1990 trece siguieron este mismo proceso entre 1990 y 1995 y veintitrés lo hicieron entre 1995 y 2000. Esto produjo una pérdida de empleos acumulativa de unos 44.000 puestos de trabajo entre 1990 y 1995 y de 160.000 entre 1995 y 2000 en estas treinta compañías (Arjen van WITTELOOSTUIJN, «Après nous le déluge. De economie van egocentrische hebzucht», en Hans SCHENK [ed.], *Herpositionering van Ondernemingen, Preadviezen 2001*, Utrecht, 2001).

Las compañías holandesas ya no dependen únicamente –ni siquiera fundamentalmente– de los acontecimientos que se producen en el ámbito nacional, sino de los movimientos en la cotización de las divisas y de las condiciones económicas en el extranjero. Por una parte, esto podría significar que las pérdidas que afectan a otros lugares inducen a las compañías a reorganizar sus actividades –de otro modo rentables– en el ámbito nacional. Por otra, las expectativas de obtener mayores beneficios o reducir los costes fuera de los Países Bajos podrían inducir a las compañías a desplazar la producción a otras zonas; un ejemplo reciente de esto es la decisión de Philips de reubicar su departamento de iluminación de Eindhoven en Polonia o en China, amenazando a los trabajadores holandeses con la destrucción de sus empleos<sup>18</sup>. Las reivindicaciones de los trabajadores –de aumentos salariales o de mejora en las condiciones laborales–, que en el pasado pudieron ser contempladas, pueden, pues, ser rechazadas aduciendo presiones externas anónimas tales como los apuros financieros generados en el extranjero o las amenazas de reubicación de la producción y el empleo<sup>19</sup>.

Y a la inversa, muchas empresas holandesas han sido adquiridas por compañías extranjeras cuyos intereses fundamentales residen en otros lugares. Entre los ejemplos recientes de esto figuran la compañía de embalaje Van Leer, adquirida por una empresa finlandesa; el operador de las terminales de contenedores ECT, adquirido por una empresa de Hong Kong; la manufacturera de papel PKN, ahora propiedad de una firma sudafricana; la empresa de licores Bols, comprada por otra francesa; la industria de acero Hoogovens, adquirida por British Steel; o el operador de telefonía móvil Telfort, absorbido por British Telecom. DSM, una de las mayores compañías químicas y farmacéuticas holandesas, vendió sus departamentos químicos a granel a una compañía de Arabia Saudí, y VNU vendió parte de sus actividades editoriales a una compañía de medios de comunicación finlandesa. Para la mayoría de estos propietarios extranjeros, sus intereses holandeses no son estratégicos y las exigencias específicas de los trabajadores locales tienen un peso relativamente pequeño enfrentándose al argumento de que tienen que adecuarse a las reglas y prácticas generales del sector. Una vez más, los trabajadores holandeses se encuentran en una situación de impotencia.

### *La salida en bolsa de la riqueza de los hogares*

El bienestar de los hogares holandeses también ha pasado a depender en mayor medida de las eventualidades de los acontecimientos financieros globales a través de su creciente implicación personal en los merca-

<sup>18</sup> «Lichtgroep Philips zint op uitbesteding», *Het Financieele Dagblad*, 18 de junio de 2002.

<sup>19</sup> Para un análisis más detallado sobre los efectos de la migración de capital sobre la presión en el trabajo, véase James CROTTY, Gerald EPSTEIN y Patricia KELLY, «Multinational corporations in the neo-liberal regime», en Deabn BAKER, Gerald EPSTEIN y Robert PILLIN (eds.), *Globalization and Progressive Economic Policy*, Cambridge, 1998.

dos bursátiles. El promedio de hogares que poseen acciones cotizadas en bolsa pasó de un 11 por 100 en 1995 a un 27 por 100 en 2002. Por término medio, los hogares holandeses mantenían un 18 por 100 de su patrimonio en acciones: los hogares con menores ingresos, un 13,5 por 100, y los hogares con ingresos medios o altos, un 18,4 por 100. Además, los hogares poseen acciones indirectamente a través de su participación obligatoria en los fondos de pensiones y en los planes de seguros de vida. Estos ahorros acumulados ascienden al 40 por 100 del patrimonio neto de los hogares; en la medida en que más del 50 por 100 de estos fondos son invertidos en las bolsas, constituyen otro 20 por 100 de la riqueza en forma de acciones, lo cual resulta en un promedio (directo más indirecto) del patrimonio neto de los hogares holandeses en forma de acciones que ronda el 38 por 100, significativamente mayor al de otros países europeos<sup>20</sup>.

Es preciso advertir que esta dependencia con respecto a los mercados bursátiles fue en gran parte inducida a través de políticas deliberadas. Se incentivaron activamente los fondos de pensiones –incluidos los de los funcionarios, los ABP (Algemeen Burgelijk Pensioenfondsen)– para que éstos invirtieran en acciones, algo que no había sido permitido anteriormente. La privatización de algunas empresas anteriormente estatales, entre las que se cuenta la compañía de telecomunicaciones KPN y la de *software* PinkRocade, fue, aquí como en tantos otros lugares, promovida entre los pequeños inversores y fuertemente publicitada. A medida que la cuestión de los bonos del Estado fue perdiendo peso, en paralelo al déficit fiscal, y con unas tasas de interés real relativamente bajas, los hogares se sintieron tentados a reubicar sus ahorros con el propósito de obtener ganancias mayores aunque más arriesgadas en la bolsa. El aumento de la riqueza de los hogares durante la década de 1990 ha dependido cada vez más del incremento de las acciones y los precios de la vivienda: en el periodo que va de 1990 a 1995, éstos llegaron a dar cuenta de aproximadamente el 63 por 100 del aumento de la riqueza de las familias; y entre 1995 y 2000, la proporción alcanzó el 78 por 100.

### *Después de la burbuja*

Los precios de los inmuebles holandeses han subido una media superior al 10 por 100 anual durante la década de 1990. La subida prolongada, en conjunción con la desregulación del sector financiero y las bajas tasas de interés, ha sido un acicate para la importante expansión del endeudamiento de las familias; y un tercio de los propietarios de viviendas ha recurrido a préstamos para afrontar la hipoteca de sus casas a lo largo de

---

<sup>20</sup> Dentro de la OCDE únicamente los hogares estadounidenses cuentan con un mayor grado de participación en la bolsa; DE NEDERLANDSCHE BANK, «Vermogensbeheer Nederlandse gezinnen onder de loep», *Kwartaalbericht*, junio de 2003, p. 31; Jan MAARTEN SLAGTER, «Overvloed en onbehagen», *Het Financieele Dagblad*, 20 de junio de 2002.

los últimos seis años. A la espera de que el aumento del precio de los inmuebles continuara, muchos compradores de viviendas han optado también por el «máximo préstamo», es decir, un préstamo bancario por encima del valor de su propiedad en el mercado. La proporción de este tipo de préstamos ha pasado de cerca de un 15 por 100 del total de los préstamos bancarios durante el periodo de 1986-1990 a un 36 por 100 durante 1991-1995 y casi a un 50 por 100 durante 1996-2000. El resultado de todo esto es que se ha producido un incremento dramático de la deuda contraída por los hogares, pasando la relación de ésta respecto a la renta disponible del 85 por 100 en 1985 al 188 por 100 en 2000. Los hogares han empleado su liquidez financiera incrementada para invertir en la reforma de sus viviendas, si bien el dinero ha sido igualmente destinado a la compra de acciones, la adquisición de bienes de consumo impercederos o los gastos originados por las vacaciones. Resulta llamativo que los hogares con bajo poder adquisitivo a menudo hayan empleado parte de su liquidez pagando otras deudas adquiridas.

El «efecto riqueza» –inevitablemente frágil y a corto plazo– que proporciona la burbuja financiera e inmobiliaria ha jugado un papel fundamental en la expansión económica holandesa de finales de la década de 1990. Las estimaciones del banco central holandés indican que el gasto posibilitado por el efecto riqueza generado por el sector inmobiliario elevó el crecimiento (en términos reales) del PIB holandés en una media de 0,6 puntos porcentuales en 1981, alcanzando 1 punto en 1999 y 0,7 en 2000. Si a esto le añadimos el «efecto riqueza» que proviene del aumento de los precios de las acciones, es probable que el impacto sobre el crecimiento del PIB ronde entre 1 y 1,5 puntos porcentuales. En otras palabras, en torno a un tercio del crecimiento real del PIB y del empleo registrado durante el periodo 1998-2000 ha estado fundado en el gasto sostenido por el endeudamiento de los hogares<sup>21</sup>.

La fragilidad e insostenibilidad macroeconómica de esta situación se ha hecho cada vez más evidente. La explosión de la burbuja estadounidense a partir de abril de 2000 se agravó a causa de los efectos del 11 de septiembre y los escándalos de Enron, Andersen y WorldCom, difuminados a su vez por la siniestra situación política mundial. Durante la víspera de las elecciones de mayo de 2002, el crecimiento de la riqueza de los hogares había alcanzado un abrupto final y el índice de la Bolsa de Amsterdam, que superó los 700 puntos en 2000, había bajado hasta alcanzar una cifra que rondaba los 400 puntos. Desde entonces ha seguido bajando –descenso exacerbado por el escándalo Ahold– hasta situarse en torno a los 230 puntos a mediados de marzo de 2003. Los fondos de pensiones, tremendamente expuestos a los vaivenes de los mercados bursátiles, se enfrentan en la

---

<sup>21</sup> El término «sostenido por el endeudamiento» no está aquí fuera de lugar: la proporción de los ahorros no contractuales (discrecionales) respecto a la renta disponible de los hogares pasó del 5,6 por 100 en 1995 al -1,3 por 100 en 2000; Nederlandsche Bank, cit., pp. 31 y 36.

actualidad a problemas de solvencia, lo cual obligará a incrementar las contribuciones en concepto de pensiones. La tasa de crecimiento del gasto de consumo pasó de un 3,6 por 100 anual entre 1995 y 2001 a un 1,9 por 100 en 2002. Con un volumen de exportaciones decreciente a raíz de las condiciones de depresión del mercado mundial, el crecimiento real del PIB alcanzó un 0,3 por 100 en 2002, el más bajo en veinte años. La situación financiera del gobierno se ha deteriorado rápidamente, los déficit presupuestarios son inminentes y se prevé el aumento de las cargas derivadas de la deuda pública. En enero de 2003 se registró el mayor aumento del desempleo contabilizado a lo largo de las últimas dos décadas y las predicciones del sector privado aventuran una pérdida de entre 400.000 y 600.000 empleos, tan sólo en el sector industrial, en un futuro no muy lejano. Una vez más, se ha desatado un sentimiento de impotencia entre los pequeños ahorradores, los trabajadores y los hogares frente a las fuerzas globales que operan fuera de su control.

### *La psicología social de la globalización neoliberal*

Si el análisis que aquí planteamos –que la liberalización y la desregulación han acarreado un sentimiento creciente de inseguridad económica y social entre sectores crecientes de la población–, es correcto, ¿por qué, entonces, dieron los votantes un giro hacia la derecha eligiendo a partidos –LPF, CDA, VVD– cuyas políticas representaban «más mercado» y no menos? En los Países Bajos, al menos, existía la posibilidad de elegir otra cosa: el Partido Socialista, firme defensor de un orden democrático-colectivo revitalizado e incondicionalmente opuestos al programa neoliberal, contaba con cinco escaños en la Asamblea en la víspera de las elecciones de 2002 y, en un momento dado, los sondeos electorales habían augurado la posibilidad de que lograra muchos más<sup>22</sup>.

Las fuerzas que intervinieron en esta decisión son obviamente complejas; sin embargo, nos gustaría esbozar, aunque sólo sea de manera tentativa e incompleta, un conjunto de factores que podrían haber intervenido en este giro. Las concepciones provenientes de la psicología social sugerirían que el entorno mundial, cada vez más anónimo y amenazante, tiene dos efectos psicosociales generales: la exacerbación de lo que Erich Fromm llamó la «mutua indiferencia humana» y, relacionada con ésta, una pérdida de la seguridad en el sí mismo que se acrecienta a medida que el «sentimiento de sí» aparece determinado por el éxito en el mercado<sup>23</sup>. Los sen-

---

<sup>22</sup> El Partido Socialista, fundado en 1972, tiene sus raíces en el maoísmo y el movimiento comunista holandés. En 1991, bajo el liderazgo de Jan Marijnissen, dio un giro hacia una posición socialdemócrata de izquierdas más abierta. Un rasgo distintivo ha sido su «activismo»: estableció (y continúa financiando) su propio sistema de salud y su propio «equipo de alarma medioambiental» y, más que ningún otro partido, promueve campañas extraparlamentarias en favor de los pobres y las clases trabajadoras.

<sup>23</sup> Erich FROMM, *The Fear of Freedom*, Londres [1992] 2002, p. 102 [*El miedo a la libertad*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2002].

timientos subsiguientes de impotencia y ansiedad pueden llegar a ser tan terroríficos que sea necesario reprimirlos. Un modo de escape es la sumisión a las exigencias de un grupo social más amplio y el conformismo compulsivo con respecto a sus normas, algo que proporciona un sentimiento de pertenencia según el cual las discrepancias entre el «yo» y el mundo exterior desaparecen, hecho que proporciona una seguridad ficticia y una suspensión temporal de la duda.

Un medio importante de lograr dicho escape lo ofrece el propio mercado por medio del consumismo competitivo. Si el gasto de la persona que consume ha sido durante mucho tiempo un medio para establecer el prestigio social, este proceso se ha intensificado durante la década de 1990, ayudado quizá por la creciente comercialización propugnada desde la televisión. A menudo, esta comercialización se orienta hacia la vivienda, una inversión tremendamente simbólica para la nueva generación de propietarios que ha crecido al calor de la mercantilización y la privatización de las últimas décadas. Cuanto más asustada se sienta la persona, más necesitará compensar estos sentimientos acudiendo al sentido de la posición social que depende del propio gasto en el consumo. Los resultados constituyen un círculo vicioso de inseguridad, aspiración, aumento en el gasto, deterioro de la economía familiar y aumento del endeudamiento de los hogares<sup>24</sup>.

Otra vía puede ser el chovinismo: una estrecha identificación con una determinada cultura, religión o grupo étnico puede constituir una fuente significativa de prestigio y contribuir a potenciar un sentimiento sucedáneo sobre una misma. Este fenómeno ha sido ampliamente subrayado en el ámbito del deporte, donde un aficionado se sentirá personalmente orgulloso si su equipo logra un buen resultado. Se podría alcanzar un sentimiento similar de importancia con respecto a una misma a partir de un sentido del orgullo nacionalista que permitiera a una persona resarcirse en la superioridad de la propia cultura, la propia lengua, la propia *cuisine*, el propio equipo deportivo, la propia divisa, algo que puede, en determinadas circunstancias, acabar en una afirmación agresiva de la superioridad cultural, religiosa o racial.

Una tercera ruta de escape con respecto al sentimiento de impotencia infligido por los procesos aparentemente impersonales de la globalización es la glorificación del éxito a partir de la competitividad. Que a una le vayan bien las cosas o avance a toda máquina en el plano económico le permite recubrir los propios sentimientos de ansiedad, beneficiándose del poder que una tiene sobre sus contrapartes. Ésta es evidentemente una de las razones que explican el que los trabajadores participen «voluntariamente» en competiciones extremadamente feroces con vistas a promocionarse,

---

<sup>24</sup> Thorstein VEBLEN, *The Theory of the Leisure Class*, Nueva York, 1967; Juliet SCHOR, *The Overspent American. Upscaling, Downshifting and the New Consumer*, Nueva York, 1998.

intensifiquen su propio ritmo de trabajo y hagan horas extra, sometién-dose pasivamente a las directrices –independientemente de lo absurdas que éstas puedan llegar a ser– de la gestión machista. Otras personas aceptarán su fracaso en este campo y se someterán al sistema de merca-do aceptando el hecho de que se las están viendo con una fuerza que detenta un inmenso poder. Puede que acepten las desigualdades y la imprevisibilidad inherente a ellas y busquen vías de escape hacia otro sitio.

Cuanto más inevitable parezca la sumisión al mercado, más drástico –en el ámbito psicológico– será este proceso de identificación. Sobra decir que la globalización –la expansión virtualmente mundial del capitalismo neoliberal tras su victoria al término de la Guerra Fría–, combinada con una vertiginosa intensificación de la comercialización de los medios de comunicación y de la vida cotidiana, ha fortalecido enormemente el sentimiento popular de que, al menos para la presente generación, no hay alternativa.

Comprender la necesidad de semejantes mecanismos psicosociales de escape puede ayudar a resolver la aparente contradicción entre el creciente sentimiento de inseguridad económica experimentado por la mayor parte del electorado como consecuencia del programa neoliberal y su conti-nuado respaldo a los partidos que defienden semejantes políticas. Como un antídoto temporal frente al sentimiento de impotencia e inseguridad, cabe la posibilidad de aplaudir a cualquier nuevo líder o ideología política que ofrezca la esperanza o la excitación que despierta una estrategia dirigida a suscitar seguridad y dotar de sentido a la existencia. Fortuyn jugó este papel proyectando de forma consistente la imagen de un hombre que mejoraría las cosas para la gente «común» eliminando la burocracia, conteniendo a la delincuencia y reforzando la cultura «holandesa» frente a las influencias foráneas.

### *De Fortuyn a Bos*

El gobierno de Balkenende surgido de las elecciones de mayo de 2002 se ha mantenido en el poder tan sólo 87 días; se trata de la Administración holandesa más breve desde la Segunda Guerra Mundial. Las tensiones en el seno de un LPF sin líder han aumentado en pocos meses, llegando incluso a las manos, y han acabado con la dimisión del gobierno el 16 de octubre de 2002. Con las cotizaciones bursátiles cayendo en picado y una recesión en ciernes, se formó un gobierno de crisis bajo la presidencia del anterior primer ministro, perteneciente al CDA. Las expectativas de que, una vez apartada tranquilamente la «aberración histórica» del LPF, la política holandesa volvería a su cauce en lo concerniente a la marcha del mercado se mostró, a pesar de todo, fuera de juego en la medida en que ignoraba las causas estructurales que se hallaban tras la ascensión de Fortuyn. Las tendencias que éste hizo emerger –un electorado que aspi-

raba a escapar de la inseguridad y la atomización del orden neoliberal a través de la excitación y la emancipación respecto al gobierno prometida por un líder carismático— se mantuvieron. A medida que los partidos se fueron preparando para las siguientes elecciones generales del 22 de enero de 2003, quedó claro que si el LPF había implosionado como fuerza política, el legado de Fortuyn seguía con vida. No sólo el VVD y el CDA, sino también el PvdA, adoptaron su programa, cacareando los mantras de la tolerancia cero frente a la delincuencia y las exigencias de que los inmigrantes «deben aceptar las normas y valores de nuestro país».

En otras palabras, a lo que hemos estado asistiendo es a una progresiva *fortuynización* del discurso político holandés, un proceso paralelo a la *lepenización* de la esfera política francesa descrita por Sebastian Budgen, según la cual las posiciones racistas y antimigratorias que en el pasado eran consideradas como un tabú pasan a formar parte del discurso general. El extraño de extrema derecha crea una conmoción populista denunciando a las autoridades por «hacer una genuflexión» ante los inmigrantes y es denunciado por la respetable opinión pública liberal; no obstante, a reglón seguido, en un registro algo más civilizado, los políticos mejor vistos de centro izquierda adoptan el mismo soniquete<sup>25</sup>. La figura clave aquí ha sido la de Wouter Bos, antiguo ejecutivo de la Royal Dutch Shell, de 39 años, nombrado presidente del PvdA en noviembre de 2002<sup>26</sup>. Bos (un hombre «con estilo», «carismático y con buena presencia») no tuvo ningún problema para seducir al *Financial Times*, al que explicó que «la falta de claridad sobre la inmigración y la ley y el orden» le había costado el poder al PvdA en el mes de mayo. En las elecciones de 2003, no obstante, estas cuestiones abren el manifiesto de este partido: «Estoy dirigiendo la mirada hacia Tony Blair en lo que concierne a la cuestión de la delincuencia y la reforma del sector público», explicó Bos entonando la nueva política «severa pero equilibrada» de su partido. El otro modelo en el que se inspiraba, confesó Bos, era Pim Fortuyn: «Aprendí unas cuantas cosas de él: estilo, coraje, claridad. Pero sobre todo estilo»<sup>27</sup>.

La campaña electoral de enero de 2003 estuvo, en este sentido, dominada por el programa de Fortuyn —inmigración, «integración», delincuencia y ataques a la burocracia—, con todos los partidos más importantes compitiendo por obtener el voto del LPF. Al principio, el CDA y el VVD advirtieron que tenían bastantes posibilidades de repartírselo y formar una coalición de derechas, dado el castigo al que el electorado había sometido al PvdA en los comicios de mayo de 2002. Los primeros sondeos indicaban una polarización hacia la izquierda y hacia la derecha, con una previsión

<sup>25</sup> Véase Sebastian BUDGEN, «El fiasco francés», *NLR* 17, noviembre-diciembre de 2002.

<sup>26</sup> En una maniobra similar Wim Kok fue nombrado miembro no ejecutivo del comité directivo de la Royal Dutch Shell tres semanas después de las elecciones de enero de 2003.

<sup>27</sup> «Dutch social democrats plot route back to power», *Financial Times*, 29 de noviembre de 2002.

de que el reducido Partido Socialista lograra 20 escaños. La asunción por parte de Bos del programa del LPF –comprometiéndose, como líder del partido más popular de centro-izquierda, a ofrecer una versión más estable aunque todavía llena de *glamour* del mismo– mejoró las perspectivas del PvdA. Simultáneamente, Bos efectuó los gestos necesarios (reducción de las exenciones fiscales, ondear la bandera de Naciones Unidas en Iraq) para retener el voto de izquierdas. Llegado el momento, la mayor parte de los votantes inclinados hacia la izquierda sucumbió al malvado menos malvado, abandonando al SP y a los Verdes para votar al PvdA con el fin de prevenir otra coalición VVD-CDA; mientras, una proporción considerable de los antiguos seguidores del LPF depositaban también su fe en él. El resultado fue un balanceo masivo hacia un PvdA, en adelante profundamente *fortuynizado*, que pasó de 23 a 42 escaños, tan sólo dos escaños por detrás de los 44 del CDA. En estos momentos se está debatiendo la posibilidad de formar un gobierno de coalición CDA-PvdA, siendo la diferencia fundamental entre ambos partidos el grado del recorte del gasto público que ambos pretender efectuar.

Un factor que se esconde tras el renacimiento del PvdA es indudablemente el creciente número de votantes indecisos que oscilan entre los distintos partidos políticos prácticamente al margen de sus programas –que, en el caso de los partidos más importantes, se han convertido en casi idénticos– y que en lo esencial se sienten atraídos por el sentimiento que inspira un líder que, consciente o inconscientemente, juega el papel del «ganador» o el «héroe» que promete aliviar los sentimientos de ansiedad e impotencia. En las elecciones de enero de 2003, el líder del PvdA jugó este papel con todo claridad. Sin embargo, Bos debería mantenerse alerta. Si grandes sectores de la población, viéndose a sí mismos amenazados por fuerzas políticas y económicas aparentemente impersonales más allá de su control, pueden confiar en cualquier partido que prometa protección, orden y significado, pueden, así mismo, rechazarlo con un fervor comparable en cuanto descubran que las causas fundamentales de su sufrimiento y su ansiedad no son eliminadas. Sobre esta base cabe esperar que el proceso político se haga cada vez más insostenible, además de fanático. Los Países Bajos siguen siendo –de acuerdo con los patrones internacionales– un país relativamente tolerante. Sin embargo, el espacio para desarrollar una libertad humana positiva que posibilite la seguridad y la igualdad socioeconómica está en retroceso en la sociedad holandesa. Y ahí reside nuestro nuevo desconcierto ante el exceso de riqueza.